

El **conflicto** de las **facultades**

Sobre la universidad y el sentido de las humanidades

Miguel Giusti (Ed.)

Capítulo 21

ANTHROPOS



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

EL CONFLICTO de las facultades : Sobre la universidad y el sentido de las humanidades / Miguel Giusti, editor. — Barcelona : Anthropos Editorial ; Lima (Perú) : Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2019 430 p. ; 24 cm. (Autores, Textos y Temas. Filosofía ; 108)

Bibliografías

ISBN PUCP: 978-612-317-461-3

ISBN Anthropos: 978-84-17556-15-0

1. Filosofía y teoría de la educación : Finalidad moral y social de la educación
2. Filosofía social y política 3. Humanidades 4. Enseñanza superior: Universidad
I. Giusti, Miguel, ed. II. Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial (Lima)
III. Colección

Primera edición: marzo de 2019

© Miguel Giusti y otros, 2019

© Anthropos Editorial. Nariño, S.L., 2019

Edita: Anthropos Editorial. Barcelona

www.anthropos-editorial.com

En coedición con la Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial

Avenida Universitaria 1801, San Miguel, Lima

ISBN (Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial): 978-612-317-461-3

ISBN (Anthropos Editorial): 978-84-17556-15-0

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2019-03734

Registro del Proyecto Editorial: 31501361900285

Diseño de cubierta: Javier Delgado Serrano

Imagen de portada: Jorge Eduardo Eielson, *Rotor VI*, 1977

Diseño, realización y coordinación: Anthropos Editorial

(Nariño, S.L.), Barcelona. Tel.: (+34) 936 972 296

Tiraje: 500 ejemplares

Primera edición: marzo de 2019

Impreso en Aleph Impresiones S.R.L.

Jr. Risco 580, Lince. Lima - Perú

Impreso en Perú - *Printed in Peru*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los editores.

DEL *HOMO ACADEMICUS* AL *HOMO OECONOMICUS**

Francisco Cortés Rodas
Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia

1

En nuestras sociedades hay una serie de limitaciones estructurales que impiden tener en la educación secundaria y universitaria una juventud con una visión crítica, sensible a los problemas sociales y solidaria con los más necesitados. Esta limitación se refleja en la situación que experimentamos en el mundo social: vivimos en un mundo habitado por expertos, especializados en una variedad de saberes, y por personas sin educación, ignorantes, sin cultura, sin mundo. Los primeros se han distanciado del mundo público y de los problemas políticos de sus sociedades y han delegado estos asuntos a expertos en política, administración o gobernanza. Los segundos, carentes de educación, son incapaces de distinguir lo auténtico y noble de la cultura de «las oleadas de basura efímera, superstición, irracionalismo y explotación comercial que nos ofrece el capitalismo» (Steiner, 2008, p. 154).

En este momento de la historia de la sociedad capitalista, las universidades, los colegios, los medios de comunicación, los ciudadanos han abandonado en una medida preocupante el programa de una educación humanista y liberal. El neoliberalismo ha creado una situación espiritual en la que el individuo autónomo, que piensa por sí mismo, ha sido lentamente sustituido por un sujeto formado en el disfrute desenfrenado del consumo y enaltecido como un «yo» libre por la sociedad del espectáculo. El individuo de la sociedad neoliberal, el trabajador y consumidor que solamente se preocupa por sus intereses privados, carece de una educación ciudadana y se distancia totalmente de lo público. A él le interesa la autoinversión en formas que contribuyan a su apreciación. Esto incluye dar un valor a aportes como la educación; prever y ajustarse a los cambiantes mercados de vivienda, salud y retiro, en modos que aumenten su valor. El hombre de la sociedad neoliberal es el sujeto competitivo, que «busca el modo de maximizar su capital humano en todos los dominios, [...] que persigue, sobre todo, trabajar sobre sí mismo con el fin de transformarse permanentemente, de mejorar, de volverse cada vez más eficaz» (Laval y Dardot, 2013, pos. 7539;¹ para hacer esta caracterización del neoliberalismo, me baso en las tesis de Brown, 2015; Wallerstein y otros, 2013; Streeck, 2016 y Laval y Dardot, 2013).

* Este artículo forma parte del proyecto de investigación: «Repensar la Democracia: Reflexiones en torno a los criterios de legitimación del poder político en el contexto de un mundo globalizado», aprobado por el Centro de Investigación de la Universidad de Antioquia CODI.

1. Dado que se cita una edición electrónica, «pos.» remite a la *posición* en la versión electrónica.

Si bien, en los últimos años, el uso del término «neoliberal» se ha vuelto el recurso de moda cuando se trata de encontrar chivos expiatorios, cuando aquí hablo de sociedad neoliberal hago referencia al proyecto político y económico, basado en la individualidad neoliberal, en el cual fuerzas sociales específicas han implementado una transformación profunda en las relaciones entre las corporaciones multinacionales y los Estados nacionales, y entre la naturaleza y el hombre.

El neoliberalismo es entonces la construcción mental e ideológica que articula con toda claridad la subjetividad humana a esta comprensión de nuestra época y que pretende que el dispositivo capitalista sea considerado como algo natural que no se puede cambiar. De acuerdo con esta idea, bastaría con dejar que dicha realidad actúe por sí misma para conseguir equilibrio, estabilidad y crecimiento. Así, el neoliberalismo ofrece una teoría del capitalismo que contiene una estrategia de educación, capacitación laboral y perfeccionamiento físico o corporal de la población, no centrada en la misión de proveer una amplia educación humanista a la mayoría, como en el modelo liberal y humanista, sino en la construcción de un sujeto que solamente trabaja y consume. Así, es reducida la libertad política a la libertad económica y sustituido el ciudadano por el sujeto trabajador y consumidor.

El capitalismo extiende la racionalidad mercantil a todas las esferas de la existencia humana, como lo mostró Karl Polanyi, y hace de la razón neoliberal una verdadera razón del mundo o razón-mundo, como la denominan Laval y Dardot. «El neoliberalismo es la razón del capitalismo contemporáneo» (Laval y Dardot, 2013, pos. 219), la cual, además de configurar todos los aspectos de la existencia en términos económicos, está anulando elementos básicos de la democracia. Al concentrar el poder en manos de los actores económicos más poderosos en detrimento de la masa de los ciudadanos, el neoliberalismo desactiva la democracia y fragmenta la sociedad. Entre los elementos de la democracia que son anulados por el neoliberalismo se cuentan principios de justicia, las instituciones de protección de los derechos sociales de educación, salud, pensiones, los principios democráticos de la libertad y la igualdad, e incluso el principio de la soberanía popular. «La razón neoliberal está convirtiendo el carácter claramente político, el significado y la operación de los elementos constitutivos de la democracia en algo económico» (Brown, 2015, pos. 3189).

2

La crisis de la educación es un problema global y más serio que la crisis económica del capitalismo, el terrorismo o la migración, porque destruye las bases de la democracia. La educación se ha convertido en una mercancía. La ciencia y las humanidades son destruidas al imponerles los principios universales de la competencia y la mercantilización. El interés en la comercialización de la ciencia sugiere que los sistemas de investigación nacionales responden a la presión del mercado para hacer que la academia sea así más eficiente.

La transformación del modelo de la universidad nacional burguesa —modelo napoleónico, humboldtiano, norteamericano, Manifiesto de Córdoba de 1918— en lo que se denomina la *«business university»* es un proceso que se inició en los Estados Unidos y se ha extendido a Europa y a muchos países de América Latina. El cambio básico consiste en que las universidades están desarrollando nuevos mode-

los de enseñanza e investigación integrados cada vez más a la lógica del mercado. En este sentido, se puede afirmar que «la expansión global, el cambio acelerado del conocimiento, el crecimiento del número de estudiantes y la mercantilización de las condiciones de vida en general hacen que recursos privados desplacen la financiación pública en la educación superior de forma que sea posible acelerar y dirigir la producción de conocimiento» (Brandt, 2011, p. 128).

La transformación que se ha dado en los últimos años en la universidad a nivel global se caracteriza por algo muy simple: los profesores, grupos de investigación, libros, revistas, obras de arte son evaluados y clasificados con los mismos criterios con los que se valoran las actividades de un gerente o un emprendedor comercial. De esta forma, el modelo de profesor está modificándose: los docentes, que antes se dedicaban a sus cátedras e investigación, se han convertido en verdaderos empresarios, dedicados a aumentar su currículo, publicaciones, y a competir por puestos y proyectos para estar a la altura del mercado competitivo. Estas exigencias y nuevas tareas les sustraen el tiempo antes dedicado a la formación personalizada de los estudiantes.

Las actividades propias de la vida universitaria, que deberían ser evaluadas de acuerdo con criterios de excelencia académica e investigativa, se juzgan de acuerdo con criterios uniformes para todas las instituciones y todas las actividades, es decir, por normas estandarizadas. La estandarización, como ha denominado el filósofo peruano Miguel Giusti a este fenómeno, es el resultado de la aplicación de políticas de organización empresarial a la universidad y se expresa en el dominio de valores como productividad, capacidad de competencia e innovación. «Se ha construido un conjunto de criterios uniformes para todas las instituciones y todas las actividades, desconociendo su heterogeneidad y sus cualidades intrínsecas y se ha impuesto su cumplimiento en el mundo entero» (Giusti, 2015, p. 23). Mediante el uso de estos estándares, los burócratas de la educación superior convierten los criterios de excelencia de cada disciplina científica o humanista en estándares, desconociendo su particularidad y sus cualidades específicas, haciendo depender de ellos la distribución de los recursos.

La transformación de la universidad, como lo ha propuesto la *business university*, no es un fenómeno aislado en la historia reciente. Los cambios se están dando en todos los ámbitos de la sociedad. Los hospitales, museos, el transporte y los clubes de fútbol experimentan también una creciente mercantilización. En este sentido, Christian Laval y Pierre Dardot, destacados críticos del neoliberalismo y la globalización, afirman que son «los imperativos, las urgencias y las lógicas de las firmas privadas las que dirigen ahora directamente las agenda del Estado» (2013, pos. 6239). En este sentido, los Estados son tratados como si fueran fábricas o empresas, dentro de una vasta red de poderes políticos y económicos sometidos a reglas similares tomadas de las empresas.

Este proceso se concretó en el modelo «managerial» de los teóricos de la *public choice* (elección pública), propio de las corporaciones y empresas, que se creó en el marco de las reformas neoliberales del Estado en la década de 1980 del siglo pasado. La escuela de la *public choice*, cuyos máximos representantes son James Buchanan y Gordon Tullock, aplicó la teoría económica a las instituciones colectivas y planteó que hay una unidad del funcionamiento humano en todos los dominios. A partir de esto, consideró que no hay ninguna razón para no llevar a cabo una homogenización al mismo tiempo teórica y práctica del funcionamiento del Estado y del mercado. Para esta escuela, el funcionario es un hombre como los demás, es un individuo

calculador; racional y egoísta que trata de maximizar su interés personal en detrimento del interés general. No hay más intereses públicos que el Estado y sus funcionarios representen. Solo los intereses privados tienen validez y realidad.

De la misma manera que el empresario privado tiene como objetivo hacer trabajar a sus empleados lo más posible mediante un sistema de incentivos, el Estado neoliberal tiene oficialmente como meta hacer que las entidades privadas de bienes y servicios produzcan de un modo supuestamente más eficiente. «El postulado de esta nueva “gobernanza” es que el *management* privado es siempre más eficaz que la administración pública; que el sector privado es más reactivo, más flexible, más innovador, técnicamente más eficaz porque está más especializado, menos sometido a reglas estatutarias, que el sector público» (Laval y Dardot, 2013, pos. 6469).

La universidad debe actuar, entonces, como una empresa manejada estratégicamente, buscando el éxito en la competencia por fondos, profesores y estudiantes. Debe abandonar la idea de la comunidad científica como una institución básica de la producción colaborativa del conocimiento como un bien público global y avanzar hacia la producción de un conocimiento competitivo como un bien privado para obtener rentas monopólicas en la competencia global para la innovación económica (Münch, 2014, pos. 548).

Asistimos, así, al despliegue de la cultura de la sociedad neoliberal, en la cual la universidad se orienta básicamente por el valor de mercado del conocimiento y se distancia de la formación de los ciudadanos en las disciplinas humanísticas. «Actualmente, el estado de la educación humanista se ve deteriorado por todos sus flancos: los valores culturales la desdeñan, el capital no está interesado en ella, las familias llenas de deudas y ansiosas por el futuro no la exigen, la racionalidad neoliberal no la indexa y, por supuesto, los Estados ya no invierten en ella» (Brown, 2015, pos. 3181).

La racionalidad neoliberal desafía a la universidad liberal y humanista y el efecto más complicado de este desafío es el debilitamiento de la democracia, la ciudadanía, la cultura política, las instituciones de justicia y los derechos sociales. ¿Cómo resistir la racionalidad neoliberal que socava las humanidades y cómo enfrentar el debilitamiento de la democracia y de las instituciones de justicia y seguridad social?

3

A partir del diagnóstico hecho por los nuevos burócratas de la educación sobre los límites de la universidad liberal y humanista frente a las demandas de una educación orientada hacia los sectores productivos, se ha propuesto en distintos países —entre ellos Colombia— unos lineamientos para definir lo que debe ser la universidad (a continuación me referiré a lo que sucede en Colombia). Desde el Informe ATCON² hasta el documento del Banco Mundial - Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), producido para desarrollar una reforma a la ley 30 de 1992 —ley que regula el sistema de educación superior en Colombia—, se ha buscado transformar la universidad para que se articule con las necesidades

2. Rudolph Atcon, emisario de la Alianza para el Progreso, concretó en 1961 el proceso de modernización de la universidad colombiana con su trabajo «La universidad latinoamericana: clave para un enfoque conjunto del desarrollo coordinado social, económico y educativo en la América Latina».

de las empresas y el mercado. Así, escribe un dirigente empresarial colombiano, «determinar los conocimientos que debe tener cualquier persona para trabajar en sectores productivos, y a su vez formar y educar pensando en esa pertinencia, es en términos generales el fondo del Marco Nacional y los Catálogos Nacionales de Cualificaciones. En otras palabras, ofrecer una mejor sintonía entre demanda laboral, presente y futura, y formación. Ausencia que por años ha afectado la productividad y el desarrollo del país» (Aubad, 2017).

En lo que dice este líder empresarial de manera simple, se expresa la idea según la cual es necesario abrir disciplinas que respondan mejor a las necesidades de la sociedad, las cuales se definen por el desarrollo de aquellas áreas de la ciencia y la tecnología que le permiten a un país mantener su nivel de competitividad en el mercado global. El conocimiento debe buscarse en función del crecimiento del capital, sin importar si es capital humano, corporativo o financiero. Es necesario dejar atrás la idea de la universidad liberal y humanista que pretendía la creación del conocimiento para desarrollar las capacidades de los ciudadanos, mejorar su nivel cultural y formar el pensamiento crítico.

Estas transformaciones en el sistema educativo, promovidas en Colombia, con la colaboración de la OCDE y el Banco Mundial, bajo el paradigma de la sociedad del conocimiento, han sido adoptadas por un amplio grupo de científicos, académicos, rectores y empresarios colombianos, por el Ministerio de Educación y Ciencias. Han desarrollado políticas públicas, documentos, libros, artículos, e incluso han presentado proyectos de ley sobre el fomento de la investigación en Colombia mediante la creación de unas pocas universidades de investigación.

Una economía del conocimiento, afirman, «es aquella que utiliza el conocimiento como motor clave del crecimiento económico; es una economía donde el conocimiento es adquirido, creado, diseminado y usado de forma efectiva para incrementar el desarrollo económico» (Patiño, 2014, p. 7). La idea básica que sostienen es que Colombia debe dar un gran paso para transformar la universidad pública en la dirección de tener universidades de investigación de rango mundial con alto nivel de desempeño en la investigación de frontera (OCDE, 2016).

En este sentido, aseveran que es necesario crear las bases para conseguir un desarrollo económico basado en procesos de ciencia, tecnología e innovación. Según esto, el cambio central que se tiene que dar en la universidad consiste en pasar de ser una universidad al servicio de una formación profesionalizada a ser una universidad capaz de gestionar su propia misión mediante la investigación, la innovación y la relación con el sector productivo. Es decir, aquí se está hablando de la universidad que debe organizarse como una corporación financiera, o una empresa, que debe buscar el lucro.

En esta universidad que se transforma en virtud de las demandas que le impone el mercado, se refleja un creciente parecido a la cualificación en el mercado empresarial, donde la rapidez y la eficiencia son factores determinantes. «No importa tanto el significado de un libro, sino el número de ejemplares vendidos y su influencia. Los tiempos de estudio se acortan, así como el tiempo para la formación reflexiva. El saber se imparte en módulos y la universidad, antes espacio de debate, deliberación y crítica colectiva, asume ahora la forma de la enseñanza en los colegios, donde los estudiantes están sometidos a la autoridad de los profesores y estos al poder de la administración» (Brandt, 2011, p. 134).

Este proyecto de concentrar recursos en pocas universidades de élite «puede ser una estrategia adecuada para competir en el mercado internacional. No obstante, también debe evaluarse el efecto que tal decisión política tiene en la creación de sociedades de clases y en el aumento de la discriminación social» (Arango, 2013, p. 228). Con la estrategia de promover la formación de universidades de élite (investigación), se aumenta la desigualdad social.

En el marco de estos planes de reforma de la universidad, las humanidades y las ciencias sociales no son concebidas desde su específica racionalidad. La formación humanista es vista como inadecuada para determinar los conocimientos que debe tener cualquier persona para trabajar en sectores productivos. Las familias, siguiendo valores culturales, presionan a los estudiantes a escoger carreras en administración, medicina e ingeniería por encima de aquellas en humanidades, ciencias sociales y artes. «Esto significa que los grados en las ciencias son más efectivos que los grados en humanidades para obtener acceso a las posiciones de poder en los campos de la economía o la política» (Münch, 2014, pos. 503).

La justificación de este planteamiento descansa en una visión sobre los problemas sociales que se reduce a esto: es necesario debilitar carreras de humanidades y ciencias sociales y abrir áreas que respondan mejor a las necesidades de la sociedad, las cuales se definen por el desarrollo de aquellas ciencias y tecnologías que le permiten a un país mantener su nivel de competitividad en el mercado global.

Otro cambio fundamental de la universidad es que pasa de ser una institución del conocimiento a ser un lugar de producción de saberes. Los tres factores de la producción —tierra, capital y trabajo— son superados por un cuarto factor: el saber. Como escribe Brandt, «los gobiernos siguen el imperativo industrial, intentan erigir la institución de la universidad en factor de poder para el saber del futuro y convertirla en centros productores de innovación» (Brandt, 2011, p. 153).

La agenda mundial de transformación de las universidades, públicas y privadas, definida en lo que se ha denominado la *business university*, llegó a Colombia en los años noventa. Su implementación ha dado como resultado un cambio lento en algunas universidades y rápido en otras, en la dirección de lo que está sucediendo en el mundo. Esto se puede apreciar en una serie de propuestas:

1) El proyecto de reforma de la educación superior de 2011, hecho por la ministra de Educación María Fernanda Ocampo, proponía crear universidades con ánimo de lucro y aumentar los recursos para las universidades públicas mediante la entrada de capital privado. El movimiento estudiantil hizo trizas este proyecto por medio de una amplia protesta social.

2) Dentro del espíritu de estos cambios, se propuso años después el programa «Ser Pilo Paga», implementado por la ministra de Educación Gina Parody.³ Este plan ha mostrado afectar la sostenibilidad financiera de la universidad pública, pues ha servido para desviar recursos públicos a universidades privadas. Es un programa ineficiente y costoso, pues se ha invertido en la formación de 30.000 estudiantes la misma cantidad de recursos que las universidades públicas han destina-

3. «Ser Pilo Paga» es un programa del Gobierno Nacional que busca que los mejores estudiantes del país, con menores recursos económicos, accedan a Instituciones de Educación Superior acreditadas de alta calidad.

do para formar 500.000 por año. Es un programa que termina negando el principio de la justa igualdad de oportunidades, según el cual, aquellas personas con habilidades y capacidades similares deben tener las mismas oportunidades educativas.

3) El desfinanciamiento estructural de las universidades públicas es, según un estudio hecho por la Universidad de Antioquia, de más de 800.000 millones de pesos (280.000 dólares americanos). Este hueco en el presupuesto es el efecto del impacto económico de diferentes leyes y decretos promulgados desde 1992 sobre materia prestacional y salarial que crearon nuevas obligaciones a las universidades, sin un aporte del Estado para su cumplimiento. Con la ley 30 de 1992, el gobierno ha conseguido alcanzar su objetivo: pasar de financiar, en 1993, un 80 % del sistema de educación superior a solo un 48 % en 2016 y con tendencia a empeorar.

4) La subvaloración de la investigación científica se puede apreciar también en los recortes para la financiación de las becas doctorales y en el presupuesto para ciencia y tecnología. Recientemente, el Gobierno Nacional anunció una disminución en el Presupuesto General de la Nación para el año 2018 de 41,6 % en ciencia y tecnología, con respecto al año 2017. Este recorte es grave para las universidades y el país porque debilita la educación superior al disminuirle sus condiciones materiales y es contrario a una política de desarrollo de la investigación y la ciencia.

5) En similar sentido, el programa «Colombia Científica - Pasaporte a la Ciencia» es problemático para el desarrollo de la ciencia en el país. Este programa cuenta con un préstamo del Banco Mundial que se oficializó en enero de 2017 y dispondrá para «Colombia Científica» de 234.000 millones de pesos para dos programas: «Pasaporte a la ciencia», que enviará a los mejores estudiantes a cualquiera de las 500 mejores universidades del mundo según el escalafón de Shanghai, y «Ecosistemas científicos», unas alianzas que deberán empezar a formarse con universidades nacionales y extranjeras, empresa privada y centros de investigación. Este programa perjudica también la sostenibilidad financiera de Colciencias y, por ende, de la universidad pública. Es funcional a una concepción de la ciencia centrada en los intereses de las empresas.

6) Otra cuestión que es importante analizar, no definida por medio de leyes o decretos, pero impulsada de manera oculta y en formas muy sutiles, no visibles, es el proyecto que apunta a debilitar las humanidades y las ciencias sociales. La ofensiva del Ministerio de Educación y del Instituto Colombiano para la Evaluación de la Educación (ICFES) contra las humanidades se inició con geografía e historia y continuó con filosofía, en 2013. Al acabar con la participación de la filosofía e historia en las pruebas de estado de la educación media, se ha producido como efecto la progresiva eliminación de estas disciplinas de la enseñanza en el bachillerato. El problema de esto es que, al desterrar filosofía, historia y geografía de la enseñanza secundaria, esto termina afectando de manera negativa el principal destino profesional de los graduados de estos departamentos e institutos.

7) De igual manera, se afecta negativamente a las ciencias, a las humanidades y a la universidad por medio del proceso de clasificación de las revistas por parte de Colciencias. Según el diagnóstico elaborado por Publindex en el año 2016, el 80 % de las revistas que tienen categoría en la actualidad, quedarían sin ella. Se calcula que de 75.000 revistas indexadas, se pasará a 35.000. Entre las formas de clasificación de las revistas están las métricas adoptadas para determinar el volumen relativo de citas de una revista. A mayor volumen de citas, mejor es la revista. Las

revistas escritas en castellano, que son en su mayoría utilizadas por la comunidad de las disciplinas humanísticas, tienen en esto una gran desventaja, pues quienes pueden leer y citar en castellano son apenas un 3 % de la comunidad total, mientras que, en el caso del inglés, por ser la *lingua franca* del mundo académico de hoy, todos los autores en cualquier disciplina pueden leer y citar en este idioma. «Estamos, pues, ante unos índices que comparan volúmenes de citación sin “normalizarlos” en relación con la ventaja lingüística que exhiben las revistas publicadas en inglés» (Comisión de Medición de Revistas Científicas - Sociedad Colombiana de Filosofía, 2017). Esto genera un tratamiento absolutamente inequitativo que perjudica especialmente las revistas de humanidades y ciencias sociales, pues quedan clasificadas en los rangos o cuartiles más bajos y otras quedan fuera de la clasificación.

8) Algo similar sucede con la medición de la investigación y de los grupos. Los estándares internacionales de medición de la ciencia que utilizan indicadores de visibilidad, colaboración, impacto, excelencia y liderazgo son insuficientes para la medición de la investigación en ciencias sociales, humanidades y artes, porque los criterios que utilizan corresponden propiamente a las dinámicas de creación del conocimiento de las ciencias. Medir la ciencia a partir de la generalización de todas las dinámicas particulares de las distintas disciplinas, como si estas tuvieran información equiparable y como si todas funcionaran bajo las mismas prácticas y patrones de publicación y generación de conocimiento, es equivocado. Las formas de creación del conocimiento, de asociación entre investigadores, los indicadores de visibilidad, y la excelencia investigativa son diferentes en la ciencia, en las ciencias sociales y en la humanidades, y, por tanto, deben ser valoradas y medidas de distinta manera.

4

Antes de finalizar, quiero volver a las preguntas iniciales: ¿Cómo resistir la racionalidad neoliberal que desafía a la universidad liberal y humanista? ¿Cómo enfrentar el debilitamiento de la democracia que produce la eliminación de la educación humanista?

Es fundamental, en primer lugar, desactivar la identificación entre liberalismo y neoliberalismo, pues son dos cosas esencialmente distintas. Como bien muestran Laval y Dardot, el liberalismo nunca hizo de la competencia generalizada un concepto central y, sobre todo, nunca se planteó concebir la actividad humana en todos los ámbitos según el modelo de la empresa. El liberalismo plantea el problema social y lo resuelve mediante programas redistributivos desarrollados para mejorar la posición de los más desfavorecidos en la escala social y tiene una visión amplia de la relación entre justicia y mercado, y de las funciones regulativas que tiene que cumplir el Estado. El mercado genera serias deficiencias de justicia que solo pueden evitarse si el Estado puede trazar límites a las empresas mediante la ley.

Todo esto lo niega el neoliberalismo. Para los neoliberales, el mercado no puede ser considerado desde una perspectiva de justicia. Filósofos como Robert Nozick y economistas como Friedrich Hayek y Milton Friedman consideraron que el concepto de justicia social no tiene ningún sentido y que no puede ser usado como fundamento de legitimación del Estado. Así, afirmaron que el mercado no puede ser considerado desde una perspectiva de justicia. El mercado no es un agente, ni

puede ser objeto de responsabilidad moral, y, en su capacidad distributiva, no es ni justo ni injusto. Las consecuencias de las acciones producidas por el mercado no requieren ningún tipo de corrección hecha por un Estado social. En este sentido, aseveraron que la distribución de bienes que resulte del funcionamiento del mercado es la única distribución justa. Por estas razones, el neoliberalismo niega cualquier forma de compensación social de los ingresos producidos por el mercado y cualquier tipo de compromiso social del Estado.

Para los neoliberales, la sociedad es un sistema de coordinación de individuos que actúan de forma independiente. Su protagonista es el productor propietario, el poseedor de los medios de producción, que lleva al mercado sus capacidades y los bienes producidos por él. Ese sistema se basa en la libertad negativa de los derechos individuales y en la igualdad formal. Un sistema de reglas producidas y garantizadas por el Estado armoniza las acciones de los individuos, sin necesidad de ir más allá del horizonte de la justicia conmutativa. Por esto el Estado no puede intervenir en el ámbito de la autonomía privada del individuo.

El neoliberalismo, como lo he señalado, al proyectar su racionalidad en la universidad, la debilita y, sobre todo, está atacando a las humanidades, que son irreducibles a esa lógica neoliberal que se intenta implementar a toda costa. Por eso hay que insistir una y otra vez en que esta sociedad tecnocrática que intenta imponer el neoliberalismo es enemiga frontal de la democracia y de la educación pública. Como escribe Richard Münch, «este proceso de transformación somete progresivamente la ciencia a los estándares de un capitalismo académico, en el que el uso del conocimiento con fines de aumentar la acumulación del capital le acaba ganando la mano al proceso abierto de búsqueda de conocimientos en general» (Münch, 2009, p. 104).

Para enfrentar la racionalidad neoliberal que desafía a la universidad, es necesario defender la universidad con su proyecto de formación científica y humanista. La finalidad de la universidad no es la gestión, la comercialización, sino la enseñanza y la investigación. Y en este punto no todo puede ser estandarizado. Aunque en todas las facultades se puedan hacer mediciones, cálculos y estadísticas, sobre el número de profesores, las horas de trabajo que dedican a la docencia, la investigación, el desempeño de los estudiantes, las publicaciones, patentes etcétera, el conocimiento científico implica una diferencia cualitativa irreducible entre ciencias como la química y la biología, entre humanidades como historia y filosofía, aunque el trabajo docente se mida en créditos y la investigación se calcule en unos plazos determinados.

Cuando en la universidad se sobredimensiona la ciencia frente a las humanidades, se limita su sustancia espiritual. La relevancia económica de la investigación científica y tecnológica convence a numerosos dirigentes que la ciencia y la tecnología son fundamentales para el crecimiento de los países. Esto es inobjetable. Lo problemático es que otras capacidades, igualmente fundamentales, corran el riesgo de perderse en la competencia del mercado; capacidades vinculadas con las humanidades y referidas al conjunto de disciplinas que corresponden a las llamadas artes liberales. El gran problema que ha generado el neoliberalismo con la comercialización y el gobierno corporativo en la universidad pública no es solamente la reducción de las humanidades y su pérdida de importancia, sino las consecuencias negativas para la ciudadanía democrática: la imposibilidad de conseguir justicia social y movilidad social mediante la educación, una ciudadanía educada y una individualidad enriquecida por su experiencia ilustrada. La educación pública está ante un

proceso de degradación profesional, descalificación de los perfiles académicos, de los títulos y de la producción académica de los profesores.

5

Ahora bien, ¿es posible una alternativa a la *business university*? ¿Rechazar la *business university* significa proponer una universidad que ya no es viable? ¿Puede la universidad desconocer demandas de la sociedad, las empresas, el Estado? ¿Puede la universidad desconocer su dependencia de lo económico? Una universidad académica «no es la que ignora su dependencia de lo económico sino la que la articula de manera adecuada para no desvirtuar su naturaleza. La universidad académica, al rechazar la concepción empresarial de la universidad, no adopta por ello la postura romántica —y falsa— de negar su necesaria dependencia de lo económico» (Hoevel, 2001, p. 16).

La universidad debe ajustarse a los cambios de la época, pero no en el sentido planteado por la *business university*. Hemos mostrado que esta está destruyendo a la universidad y que debemos hacer algo para contrarrestar estos cambios tan negativos para la ciencia, las humanidades y la democracia. ¿Qué hacer? En la respuesta a las siguientes dos preguntas presentaré algunas ideas que pretenden responder a los problemas señalados en este ensayo.

¿Qué debe ser la universidad? Y, ¿qué importancia tienen hoy las humanidades o las artes liberales en la universidad?

Siguiendo el análisis que hace Reinhard Brandt —destacado filósofo alemán—, sobre si las universidades son todavía necesarias a la luz de las transformaciones científicas y tecnológicas del presente, se puede proponer como característica fundamental que las universidades son instituciones que, en su esencia, están dedicadas al conocimiento y la docencia. La universidad debe ser un lugar del conocimiento académico, no de la producción de saberes técnicos y de innovación. La creación de la «*business university*» hizo posible el cambio de una cultura basada en el conocimiento a una centrada en la producción de saberes (técnicos, innovación). Brandt enfatiza esto señalando que, «en oposición al saber, el conocimiento impone la fundamentación de una afirmación y la defiende frente a una crítica. El investigador está bajo una norma ética; está obligado a justificarse frente a aquella persona que pida una fundamentación de la afirmación. El conocimiento surge de la confrontación y se pone a sí mismo frente a la crítica» (Brandt, 2011, pp. 8-9).

Por el contrario, el saber se obtiene en la vida cotidiana y no requiere de ninguna fundamentación, sino que simplemente se acredita. «El saber se puede absorber de manera pasiva [...]. El conocimiento es por el contrario una actividad» (Brandt, 2011, p. 9). La «*business university*» es entendida entonces como el lugar para la producción de saberes técnicos, de innovación, no para la generación de un conocimiento crítico, teórico y unificador. No es tampoco el lugar para el desarrollo de la investigación y la docencia, entendidas como actividades colectivas, dialógicas y autónomas de investigadores, profesores y educandos con resultados abiertos a la crítica constante.

La universidad debe cumplir con su fin fundamental que es la producción del conocimiento científico, social y humanista de calidad. Y el Estado debe garantizar las condiciones financieras para que la universidad funcione, sin intervenir en sus

asuntos académicos o investigativos. Para desarrollar una investigación básica y autónoma, la universidad ha de ser libre. Y, para ser libre, el Estado debe financiarla.

En suma, si los elementos esenciales de la universidad son el conocimiento y la docencia, se deben articular en el sentido de que la educación sintetiza, por un lado, el desarrollo material de la sociedad con base en la ciencia y, por otro, el auténtico progreso cultural de la nación en la profundización y ampliación de la democracia, en la consecución de la igualdad y la justicia social y en la formación de la imaginación humanista.

Por último, quiero plantear la pregunta por la importancia de las humanidades o artes liberales en la universidad. En la formación universitaria, las humanidades deben servir para el cultivo del ideal de la sabiduría humana. En la vertiente educativa, formativa, de la noción de *humanitas*, «el animal humano debe ser moldeado, cultivado, por medio de prácticas, disciplinas, artes que desarrollen la palabra, la vista, el oído, el saber, de manera que pueda obtenerse y afinarse progresivamente un ideal de vida humana que sirva de referente normativo, en el sentido que hemos visto aparecer la voz *humanitas* como humanidad, humanitarismo, *philantropía*» (Giusti, 2010, p. 41).

La educación en todos los niveles tiene que ver con algo básico: la «formación para todos», o la «alfabetización fundamental», como la denominó George Steiner. En la universidad, desde la nacional burguesa (humboldtiana y liberal) hasta la universidad de investigación, se ha planteado la idea de que es necesario formar primero al hombre como un individuo culto, es decir, como aquel que no solamente conoce las particularidades de su profesión o de su ciencia, sino que además conoce la idea del cosmos físico, del mundo biológico, histórico y político que habita. En este sentido, Steiner dice que la formación debería comprender hoy: «la alfabetización en los números, en la música, en la arquitectura y en las ciencias de la vida», de tal manera que el estudiante alfabetizado tenga la capacidad para participar en lo más desafiante y creativo que hay en nuestras sociedades y responder a ello.

En cuanto a la formación cívica y ciudadana, la educación superior no es un asunto de resultados, sino de formar en los estudiantes una actitud para desempeñarse que incorpore los conceptos de la política, el derecho, la dignidad y la libertad. En este sentido, «la universidad está obligada a conservar una cultura reflexiva y crítica que impida a los bárbaros poner el derecho en manos de un determinado líder» (Brandt, 2011, p. 202).

Preservar el sentido de las humanidades de las múltiples formas de tergiversación que padecen y de las formas de instrumentalización a las que se ven sometidas solo se podrá lograr si la educación se garantiza en función de la libertad y la autonomía. «El ejercicio de esta libertad es el que hace posible el desarrollo del espíritu crítico, el florecimiento de la creatividad, la revisión continua de las verdades establecidas» (Giusti, 2010, p. 44). A esta conclusión llega, por ejemplo, Kant en su obra *El conflicto de las facultades*.

El asunto de la contienda entre las facultades universitarias es una cuestión antigua. Kant, uno de los más importantes filósofos de la era moderna, lo vivió como miembro de la facultad de filosofía, cuando intentó publicar unos escritos sobre religión. El obstáculo oscurantista de una negativa por parte de una censura gubernativa que, además, solo alegó que el escrito caía enteramente en el campo de la teología bíblica, provocó en Kant una estrategia de respuesta en favor de su liber-

tad como académico. Buscó, en primer lugar, defender el foro universitario frente al gubernativo; en segundo lugar, dentro del universitario, que fuera considerada la filosofía y no solo la teología. Puede decirse que el texto de Kant es una apología de la filosofía, es decir, de las humanidades. La filosofía, entendida como ejercicio de la razón que no se atiene a intereses sino que busca la verdad y que, por tanto, genera y exige libertad. Los cuatro términos —filosofía, razón, verdad y libertad— reaparecen continuamente en estas páginas y remiten el uno al otro con equivalencia. En su texto, Kant denomina a la filosofía «facultad inferior», que es realmente una facultad de humanidades, y «facultades superiores» a aquellas que sirven a los intereses del poder político: teología, derecho y medicina. Sin embargo, aunque la filosofía sea considerada «inferior», no pierde la libertad, la cual deben sacrificar las denominadas «facultades superiores» por aceptar su subyugación al poder político.

La filosofía es, entonces, búsqueda de la verdad, práctica de la libertad y ejercicio de la razón. Hacer filosofía o humanidades se relaciona con el hecho de que la universidad debe tener una facultad de estudios humanísticos básicos por la que deben pasar todos los estudiantes. Esto se debe entender hoy de forma más amplia: se trata del proyecto de una «formación para todos», que es formación democrática de los ciudadanos.

De esto se puede concluir que la universidad no es exclusivamente el lugar de la ciencia, la medicina, las ingenierías, es decir, no es el dominio de lo que Kant denominó las «facultades superiores»; es también el lugar de las humanidades. La educación orientada al florecimiento de las diferentes capacidades del hombre permite que la sociedad pueda alcanzar fines en los que los aspectos de la calidad de vida no estén vinculados con el crecimiento económico y el lucro, sino con la posibilidad de que la población en su totalidad tenga acceso a la salud, la educación, los beneficios sociales del trabajo y la seguridad social.

El cuestionamiento que el neoliberalismo hace a las humanidades y, por ende, a la universidad tiene como consecuencia un profundo debilitamiento de la democracia, la vida pública, la participación ciudadana. El vaciamiento de la democracia afecta gravemente a las universidades, especialmente a las públicas, en la medida en que estas son separadas de la misión de proveer una amplia educación humanista a la mayoría. «Puede ser que la democracia no exija la participación política universal, pero no puede sobrevivir a la ignorancia absoluta del pueblo sobre las fuerzas que dan forma a sus vidas y describen su futuro» (Brown, 2015, pos. 3147). La «formación para todos» no es un eslogan para obligar a estudiar por la fuerza, pero sí lo es para la formación democrática de los ciudadanos. La universidad debe contribuir al proyecto de emancipación humana por vía de la formación democrática de los ciudadanos. Ella ayuda con su potencial del conocimiento a crear las instituciones que promocionan la «formación para todos». «Sin esta función pedagógica, la universidad corre el riesgo de convertirse en instrumento de la industria y de sus administradores burocráticos» (Brandt, 2011, p. 171).

Bibliografía

ARANGO, Rodolfo (2013). «La educación superior en el orden democrático constitucional». En Luis Orozco (comp.), *La educación superior: retos y perspectivas* (pp. 201-250). Bogotá: Ediciones Uniandes.

- AUBAD, Rafael (2017). «Oportunidad histórica por el talento humano». *El Colombiano*, 14 de agosto.
- BRANDT, Reinhard (2011). *Wozu noch Universitäten?* Hamburgo: Meiner.
- BROWN, Wendy (2015). *El pueblo sin atributos: la secreta revolución del neoliberalismo*. Edición electrónica. Barcelona: Malpaso.
- BUSH, Vannevar (1945). *Science, the Endless Frontier*. Washington D.C.: National Science Foundation.
- BYUNG-CHUL, Han (2013). *Psicopolítica: neoliberalismo y nuevas técnicas del poder*. Barcelona: Herder.
- (2017). *La expulsión de lo distinto*. Barcelona: Herder.
- COMISIÓN DE MEDICIÓN DE REVISTAS CIENTÍFICAS - SOCIEDAD COLOMBIANA DE FILOSOFÍA (2017). «¿Colciencias desprecia el castellano?». *El Espectador*, 20 de junio.
- GIUSTI, Miguel (2010). «El sentido de las humanidades». En Miguel Giusti y Pepi Patrón (eds.), *El futuro de las humanidades: las humanidades del futuro* (pp. 37-46). Lima: Fondo Editorial PUCP.
- (2015). *Disfraces y extravíos: sobre el descuido del alma*. Lima: FCE.
- HOEVEL, Carlos (2001). «Ante la llegada de la *business university*». *Valores en la Sociedad Industrial*, 18(51), 3-17.
- HUMBOLDT, Wilhelm von (1903-1936). *Gesammelte Schriften*. Edición de la Academia de Ciencias de Prusia. Berlín.
- LAVAL, Christian y Pierre DARDOT (2013). *La nueva razón del mundo: ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Edición electrónica. Barcelona: Gedisa.
- MÜNCH, Richard (2009). *Globale Eliten, lokale Autoritäten: Bildung und Wissenschaft unter dem Regime von Pisa*. Fráncfort d.M.: McKinsey & Co.
- (2014). *Academic Capitalism: Universities in the Global Struggle for Excellence*. Edición electrónica. Nueva York: Routledge.
- OAKESHOTT, Michael (2009). *La voz del aprendizaje liberal*. Buenos Aires: Katz.
- OCDE (2016). *Education in Colombia. Reviews of National Policies for Education*. París: OECD.
- OOSTERLINCK, André (2004). «The Modern University and its Main Activities». En Luc E. Weber y James J. Duderstadt (eds.), *Reinventing the Research University* (pp. 119-126). Londres: Economica. Brookings Institution Press.
- PATIÑO, Pablo (2013). «Evolución de la investigación y el desarrollo tecnológico en los dos últimos siglos». Medellín: Ensayos Pensamiento Universitario - Universidad de Antioquia.
- (2014). *Elementos de contexto para un sistema de ciencia e innovación en la Universidad de Antioquia* [manuscrito inédito].
- SHAPIN, Steven (2007). «Science and the Modern World». En E Hackett y otros (eds.), *The Handbook of Science and Technology Studies* (pp. 433-448). Cambridge: MIT Press.
- SNOW, Charles Percy y Frank Raymond LEAVIS (2006). *Las dos culturas*. Ciudad de México: UNAM.
- STEINER, George (2008). *Los libros que nunca he escrito*. Ciudad de México: FCE.
- STOKES, Donald (1997). *Pasteur's Quadrant: Basic Science, and Technological Innovation*. Washington D.C.: Brookings Institution.
- STREECK, Wolfgang (2016). *How Will Capitalism End? Essays on a Failing System*. Londres: Verso.
- WALLERSTEIN, Immanuel y otros (2013). *Does Capitalism Have a Future?* Oxford: Oxford University Press.
- ZEMSKY, Robert y James J. DUDERSTADT (2004). «Reinventing the Research University: An American Perspective». En Luc E. Weber y James J. Duderstadt (eds.), *Reinventing the Research University* (pp. 15-28). Londres: Economica. Brookings Institution Press.